

ísmos y neologismos requieran abultados volúmenes—. De hecho una lengua no muestra su riqueza por el caudal de sus numerosas palabras, sino por las posibilidades de sus expresiones y la profundidad de su pensamiento. No es menos la lengua de San Juan de la Cruz y aun de Santa Teresa con su austeridad de vocablos que la de Góngora o Quevedo con su exuberancia. No son las palabras raras y de uso infrecuente las que deciden en último término el valor de una lengua. Una lengua no es sólo una nomenclatura larga y farragosa.

El guaraní esencial, adecuada y responsablemente dominado, es también una fuerza unificadora. Es en ese guaraní en que se expresan los *casos* y los *ñe'enga*, cuya fuerza comunicativa y su virtud de unión es reconocida inmediatamente. Pero tal vez lo más importante del guaraní es que nos une en el sentido y significado de realidades sociales e históricas. Hay palabras, unas más que otras, que suscitan resonancias culturales que nos explican nuestro modo de ser; la palabra guaraní nos trae a la memoria particularidades de *ñande reko* –nuestro modo de ser–, a la manera de un concentrado perfume o una imagen que habla por sí misma; una sola palabra dice más que muchas palabras.

La lengua que hablamos nos da a todos un aire de unidad que no podrían dar ni el color de la piel ni cualquier otro factor biológico. Lo que une al paraguayo y a la paraguaya es un modo de ser y estar en esta tierra; un modo de inventar la realidad, y esto lo hace en gran parte mediante la lengua.

El guaraní que desune

En tiempos recientes se ha agudizado una cuestión que causa un cierto nerviosismo. El guaraní sería un elemento de división para la sociedad paraguaya. ¿Qué hay de eso? El malestar proviene casi exclusivamente de un factor. La cuestión surge fundamentalmente a propósito de la lengua escrita más que de la hablada. El guaraní hablado es el guaraní que nos une (ver *Correo Semanal de última Hora*, diciembre 1998).

No podemos desconocer que la escritura es poder. Y el poder se suele ejercer mediante escritos que casi se convierten en fuerza de ley. No es nada nuevo –aunque no deja de ser alarmante– que se use la escritura como instrumento de dominación. Los escritores lo saben, aunque no sean siempre conscientes de ello. Los «letrados» lo saben y abusan de ello. (Este mismo escrito que usted está leyendo, ¿no estará ejerciendo ese poder en vistas a crear opinión?).

Las ortografías

La fonología de una lengua puede estar bien sistematizada y, sin embargo, no tener todavía un sistema de grafía bien definido. Todos los hablantes de una lengua pueden pronunciarla y distinguir perfectamente los sonidos de la misma manera y sin embargo escribir de manera muy diversa entre sí.

La elección de las letras del abecedario en el caso del guaraní, no es independiente del hecho de que su escritura nació en un contexto colonial y en la dependencia del castellano, si bien en una época en que la propia ortografía del castellano era sumamente fluctuante. Los jesuitas que escribían en guaraní, por ejemplo, presentaban más conformidad con un sistema ortográfico que cuando ellos mismos escribían en castellano, en lo que hacían gala de una absoluta anarquía.

Lo digo para curarnos de espanto y saber que la prudencia consiste en ver la cuestión ortográfica como accidental y relativa. Nunca he podido creer que se deje de escribir porque no se tienen reglas definidas de ortografía; con este criterio Cervantes todavía no habría escrito el *Quijote*. Las discusiones sobre ortografía suelen ser monsergas de escritores que no escriben.

Hoy por hoy, aunque la lengua guaraní usada en el Paraguay no tiene una ortografía férreamente oficializada, es escrita por la gran mayoría de sus escritores, gramáticos y diccionaristas con la suficiente coherencia como para que se esté muy cerca de una normalización generalizada. Ha habido en el guaraní avances ortográficos que lenguas como el inglés, el francés, y mismo castellano –para citar solamente lenguas del entorno cultural más cercano– están muy lejos de haber conseguido, a pesar de discusiones y dictámenes que llevan siglos de insegura aplicación. A mi parecer, que puede ser muy personal, el proceso de la ortografía guaraní está bien encaminado ya que está siendo adoptado prácticamente por la mayoría de los autores, muchos docentes y naturalmente la nueva generación de escolares. El grafema *j* ya no ofrece mayor resistencia de lectura y con ello se ha dejado paso libre al uso vocálico de la *y*, fonema tan característico del guaraní –la tan ponderada sexta vocal–. Lo mismo se diga de la interrupción intervocálica, expresada en guaraní con la palabra *puso*. Queda como lugar de permanente discusión un grafema que no consigue la adhesión de buena parte de lingüistas ni docentes como es la *ñ*. Pongamos este punto entre paréntesis.

Dentro de la ortografía quedan todavía algunos casos cuya normalización está en proceso de una mayor coherencia y sistematización; me refiero a la

cuestión de la separación de las palabras, que pueden hacerse desde criterios más prosódicos o más gramaticales; de ahí algunas fluctuaciones entre los escritores.

La mayoría de estas cuestiones que encienden acaloradas disputas entre los programadores de textos escolares, no requieren sino una opción que tenga presente que estamos en vías de proceso, más que en metas ya alcanzadas. Por suerte no es en este punto donde se impide la comunicación.

Las gramáticas

De forma parecida se podría abordar la cuestión de la gramática. Hacer la gramática de una lengua es generalmente la obra de una persona que ha sabido captar con coherencia el sistema y la estructura de la lengua y ha sabido exponerlos con claridad y orden. Es por ello por lo que una lengua se presenta con varios textos de gramática; su sistema y estructura son uno, pero el modo de presentarlo puede ser muy diverso de uno a otro autor. Es cierto que puede haber malas gramáticas; son aquellas que falsean las categorías de una lengua y no reflejan adecuadamente el modo como se forman las palabras y se combinan entre sí. Sin embargo, de ahí a tener que imponer una gramática de la lengua guaraní, hay mucho trecho.

En guaraní hay buenas gramáticas: muy inteligente fue el *Arte de la lengua guaraní* del padre Antonio Ruiz de Montoya, llevada a Madrid para su impresión en 1640; fueron oportunas las correcciones y aumentos que le trajo el padre Paulo Restivo, en 1724. Es muy aceptable la *Gramática razonada de la lengua guaraní* del padre Justo Bottignoli, salesiano, publicada en Turín hacia 1927, y se ha hecho justamente famoso *El idioma guaraní*, en especial el de la tercera edición de 1956, con constantes reediciones. Para muchos estudiantes ha sido de gran utilidad el librito *El guaraní a su alcance*, también con sus numerosas ediciones. Es bastante práctica y manual la *Gramática de la lengua guaraní*, de Natalia Krivoshein de Cane-se (1993). Hay todavía otras. Y a pesar de su variedad, la mayoría de estas gramáticas mantienen un esquema bastante semejante. Las gramáticas escritas del guaraní presentan bastante uniformidad. Que también hay ad-fesios de gramática que desorientan y desenseñan la lengua guaraní, ciertamente que sí, pero tal vez es inevitable, cuando la obra literaria es también un objeto de mercado y de *marketing*. Vender textos y para ello hacerlos pasar como «oficiales» es una táctica que puede llegar a ser escandalosa, pero que no se puede atajar sino mediante los criterios de la calidad más que con la censura totalitaria. El remedio sería peor que la enfermedad.

Por falta de espacio no tratamos aquí otro asunto candente que es la avalancha de neologismos creados con criterios dudosos y que también son motivo de incompreensión por parte de los usuarios de libros didácticos.

La lengua hablada es la que nos une. Es en la escrita donde los problemas son más agudos. Y no son los analfabetos que han tejido esos nidos de discordia, sino los «letrados». De los primeros tendríamos que aprender el guaraní que nos une.

II. El guaraní popular y el guaraní impopular

Gran virtud de una lengua indígena como el guaraní es que haya llegado a ser usada y amada por una sociedad no indígena. La sociedad paraguaya es una sociedad no indígena que habla una lengua indígena. Es cierto que hay lenguas indígenas de América que cuentan con más hablantes que el guaraní –el quechua, el aymara, probablemente el náhuatl–, pero son lenguas de grupos cuya identidad se marca más por lo étnico que por lo social y cultural. El guaraní ha atravesado los años del coloniaje y los de vida política «independiente» sin quedar reducido a determinantes étnicos, que casi siempre son discriminatorios. La discriminación en el Paraguay se daría más bien hacia ese «idiota monolingüe» de que habla Carlos Fuentes a propósito de los californianos que votaron la supresión de la enseñanza bilingüe en las escuelas donde concurren mayoría de «chicanos».

En este sentido nos podemos felicitar de haber podido superar la división y la discriminación étnica tan relacionada generalmente con el uso de una lengua indígena. Pero esto no quiere decir que se haya llegado a una tranquila síntesis, como quiere hacer suponer la falsa metáfora del mestizaje. Las tensiones y aun las incompreensiones son todavía frecuentes. Y hace poco la FEDAPAR ha dado muestras inequívocas de que el bilingüismo castellano-guaraní no es aceptado ni querido en ciertas clases sociales dominantes del Paraguay.

Construir la lengua

Hay que reconocer que en el panorama actual del guaraní han quedado agazapadas una serie de zonas erróneas cuyos síntomas son motivo de intranquilidad, de discusión y hasta de indignación. *¡No disparen contra el*